

Estereotipos sobre la vejez en noticieros televisivos

Analía Brandolín

Dotora en Comunicación
Universidad nacional de Río Cuarto, Argentina

Resumen

Este trabajo ofrece un recorrido por determinados enfoques teóricos sobre la vejez para concluir luego con una reflexión sobre los estereotipos de la vejez que aparecen en televisión (especialmente en noticieros) y que parecen derivarse de algunos de esos enfoques; en la medida en que la vejez continúa, en gran parte, definiéndose por lo que éstos prescriben, sin haberse percatado de la existencia -tal vez sin ingenuidad- de enfoques más explicativos; es decir, no homogeneizantes de la vejez en un sentido patológico, sino en su posibilidad de trascender estereotipos y valorarla como un aspecto normal de la vida en toda su diversidad.

Palabras clave: vejez, noticieros, televisión.

Introducción

Este trabajo se centra en una investigación tendiente a considerar diferencias culturales sobre la vejez en noticieros televisivos. Nos preguntamos ¿qué espacios de visibilidad ocupan los viejos en los noticieros televisivos? ¿En qué escenarios son noticia y cuáles se oscurecen?

Pensamos que un cierto discurso científico sobre la vejez ha influido en el discurso social de manera hegemónica y, en consecuencia, muchas de las cuestiones formuladas sobre la vejez, sobre todo aquellas que la visualizan en su aspecto negativo más que positivo, están hoy presentes en el discurso de los medios, en especial en la TV, como parte del discurso social. En este sentido, sabemos que la imagen de la vejez que se incluye en la televisión es sólo una parte, menos rica e importante, que la que se excluye teniendo en cuenta la perspectiva de la comunicación como proceso humanizador, desde la cual se piensa -casi como en sueños- una comunicación para todas las edades.

Dicho de otra manera, los medios nunca son la causa; es decir, no inventaron la vejez. Son, por un lado, fortalecedores o reforzadores de determinadas tendencias de lo social. Las teorías científicas también llegan al "gran público" vía los medios de comunicación, aunque prevalezcan algunas miradas sobre otras, quizás, las menos deseables, pero claves para entender las actuales concepciones que sobre la vejez se tienen en la sociedad de hoy. Por otra parte, es necesario comprender que los medios pueden afectar las concepciones que sobre la vejez tengan los grupos sociales, en tanto nuestras concepciones del mundo también se construyen a través de nuestra exposición a los medios. En este sentido, se ha dicho y con razón, que la TV es una fuerza poderosa para aumentar la homogeneización y para reducir las diferencias entre grupos sociales distintos. Por ejemplo, personas que ven mucha televisión tienden a concebir estereotipos

demográficos de edad, así como de sexo, etnia y otros, próximos a los mostrados por el medio y menos estimativos en función de la realidad (Morgan, 1997).

En este marco, se ofrece a continuación un recorrido por determinados enfoques teóricos sobre la vejez para concluir luego con una reflexión sobre los estereotipos de la vejez que aparecen en televisión de argentina (especialmente en noticieros) y que parecen derivarse de algunos de esos enfoques; en la medida en que la vejez continúa, en gran parte, definiéndose por lo que éstos prescriben, sin haberse percatado de la existencia -tal vez sin ingenuidad- de enfoques más explicativos; es decir, no homogeneizantes de la vejez en un sentido patológico, sino en su posibilidad de trascender estereotipos y valorarla como un aspecto normal de la vida en toda su diversidad.

Enfoques teóricos sobre la vejez

En un intento por sistematizar las teorías que han planteado su preocupación por la vejez hemos retomado diferentes autores y sus propuestas. Un principio ordenador no excluyente, inspirándonos en Aranibar (2001), distingue dos grandes dimensiones: *la edad y la relación sujeto-sociedad*. De entre las perspectivas que retoman el *principio ordenador de la edad* incluimos: el enfoque *cronobiológico* de la edad, el de la *modernización*, el que incorpora las nociones de *generación o cohorte* y el que hace referencia al *ciclo de vida*. Por otra parte, entre los enfoques que consideramos que privilegian el *criterio de la relación sujeto-sociedad*, ubicamos a los que se centran en el debate de la adaptación social del sujeto, tales como la *teoría del retraimiento*, la *teoría de la actividad* y la *teoría del vaciado de roles*; los que se centran en los factores culturales de la vejez como el de la *subcultura* y la *teoría del etiquetaje* y también las perspectivas *fenomenológica* y del *interaccionismo simbólico* que dan cuenta de la construcción significativa por parte del sujeto del mundo social, dejando de lado el énfasis puesto en la adaptación. Por último, siguiendo el mismo criterio de la relación sujeto-sociedad, abordamos la teoría de la *dependencia estructurada* que intenta llamar la atención sobre la estructura social en general y sus condicionamientos/determinaciones sobre el sujeto.

Edad cronobiológica

Iniciando con la perspectiva cronobiológica, siempre es posible definir a la vejez desde el punto de vista de la *edad cronológica y biológica*. La definición cronológica, por una parte, supone el crecimiento en edad y en consecuencia la disminución de las expectativas de vida. Cuanto más se avanza en años, menos tiempo queda por vivir. Todo lo que vive irremediamente tiene que morir y el llegar a viejo, en edad, se convierte en un fenómeno normal y seguro.

La perspectiva cronológica de la vejez es relativa. Esa relatividad depende de las interpretaciones de quienes la definen según intereses diferentes. Algunas perspectivas de la sociología del envejecimiento, por ejemplo, que se han ocupado mayoritariamente de la última etapa de la vida, la han definido convencionalmente por una edad cronológica igual o superior a los 64 años (Bazo, 1990). Sin embargo, hoy se tiende a considerar arbitrario el límite de los 64 años para considerar vieja a una persona, ya que aunque dos individuos tengan la misma edad, por ejemplo, no será lo mismo para alguien que se encuentra deteriorado en su salud frente a quien goza de buena salud o para quienes conservan intactas sus capacidades intelectuales, frente a los

que no. De ahí que deban tenerse en cuenta otras definiciones que no guardan relación directa con el mero paso del tiempo.

Sabemos que la edad cronológica depende también de cuestiones culturales y políticas. Se recurre a la edad cronológica, por ejemplo, para determinar *quién tiene derecho* a una jubilación y demás servicios sociales para personas en la etapa de la vejez. Otros aspectos que relativizan el conceptualizar de una manera cronológica la vejez son que ésta depende mucho: de los individuos, de la herencia recibida y la experiencia vivida, del entorno socio-cultural en el cual cada uno haya vivido, del tipo de profesión que ha ejercido, del éxito o fracaso de su tarea, del estado de salud y del bienestar general que cada uno haya tenido o de la calidad de vida y la geografía en la cual se ha habitado.

Desde un punto de vista evolutivo, por otra parte, la *edad biológica*, para la mayoría de los autores dedicados a su estudio, refiere al progresivo deterioro del organismo ocasionado por el proceso de envejecimiento, tanto estructural como funcional. Es esencialmente un envejecimiento también cronológico en cuanto supone un proceso progresivo de desgaste cuya duración se mide en años hasta la muerte de una persona y que se manifiesta en trastornos de tipo físico-funcionales exclusivamente como, por ejemplo, cambios en glándulas y órganos, en el metabolismo, en la actividad celular, en los sentidos, en los tejidos musculares y epidérmicos, en el cabello, etc. El envejecimiento, en ese sentido, conduce a lo que muchos autores denominan senilidad (Fericgla, 1992; Arber y Ginn, 1996; Salvarezza, 2000).

La mayoría de las definiciones psicológicas y sociales sobre la vejez refieren siempre a este declive de la calidad del funcionamiento del ser vivo cuyos órganos están afectados por el desgaste estructural y funcional, como denominador común de sus postulados, puesto que la vida intelectual, afectiva y de relación del individuo no es independiente del estado de salud o del desgaste del organismo en general. Con todo, no hay vejez sin base cronológica y biológica. Ello significa que el sujeto inexorablemente padece pérdidas físicas a medida que envejece, en mayor o menor medida, por la presencia de diferentes desgastes biológicos naturales, presencia de enfermedades y/o padecimientos diversos, lo que afectará necesariamente su calidad y cantidad de participación social.

Teoría de la Modernización

Esta teoría intenta explicar, a partir del pasado (la historia), las condiciones actuales del envejecimiento. Considera que existen factores que acompañan el proceso de modernización; por ejemplo, el aumento de la proporción de población vieja, el cambio en el tipo de conocimiento dominante, la extensión de la educación y el trabajo, la sustitución del modelo de familia extensa por el modelo nuclear en virtud del proceso de urbanización que produce un efecto combinado de disminución de la valoración social de la vejez. Dicho de otra manera, a medida que aumenta la modernización de las sociedades, disminuye la valoración social de la vejez y esto favorecería la exclusión social de las personas de mayor edad.

Según Aranibar (2001), de quien tomamos la anterior definición, las debilidades de esta teoría, que dejan al descubierto su simplicidad, son por lo menos dos: homogeneiza a los viejos e identifica modernización con occidentalización, por lo que no sería aplicable a culturas orientales. Sin embargo, resulta importante

destacar que esta teoría pone en discusión el tema de la variable temporal (historia) y la importancia de la familia y el trabajo en la conformación social de la vejez.

Teoría de la Generación o Cohorte

Rescatando la dimensión diacrónica de la teoría de la modernidad, se desarrolla la perspectiva que retoma los instrumentos demográficos de *generación o cohorte* para emplearlos en el tratamiento de la vejez desde el punto de vista sociológico. Según Aranibar (2001), la perspectiva responde a dos aportes básicos: primero, que personas nacidas en distintos momentos del tiempo viven y experimentan acontecimientos diferentes (por efecto de la historia y del cambio social) y, segundo, las vivencias se estructuran en función del tiempo, de manera que un mismo acontecimiento, experimentado a diversas edades, traerá también diversos efectos.

En el mundo moderno, el criterio generacional indica la existencia de una permanente lucha o conflicto potencial entre generaciones, que en la actualidad tiende a resolverse a favor de los más jóvenes y en detrimento de las generaciones más viejas, que se ven relegadas a los últimos posicionamientos sociales. Sin embargo, por ser un proceso, el envejecimiento no es algo inmutable ni fijo, sino que varía a lo largo y dentro de cada cohorte a medida que la sociedad cambia; ésta establece los límites cronológicos que separan los grupos de edad y las valoraciones positivas y negativas por razón de pertenencia a esos grupos. Por tanto, quienes hoy son viejos experimentan la participación social de diferente manera a como la experimentarán los actuales jóvenes, ya que será otra la sociedad que dicte las pautas, normas y valore la vejez.

Teoría del Ciclo de Vida

Una tercera perspectiva es la del *ciclo de vida*, también denominada de la *continuidad*, que se centra en las discusiones clásicas de la sociología sobre la permanencia y el cambio social y el problema de la adaptación, al igual que las teorías de la desvinculación, de la actividad y del vaciado de roles que presentamos más adelante (Bazo, 1990; Cantón Mena, 1998; Aranibar, 2001).

Principalmente, esta teoría plantea que el estado de vida que tiene lugar en la vejez está determinado por el pasado. Se vincula estrechamente al concepto de cohorte o generación y en este caso se aplica específicamente al proceso de envejecimiento entendido como ciclo vital con diferentes fases que van desde la infancia, pasando por la juventud y así hasta la vejez y la muerte. De este modo, esta teoría permite también, al igual que la anterior, un acercamiento a los cambios que se producen en la vejez, considerando el contexto de la existencia anterior de los individuos.

La continuidad estaría determinada por lo mejor que haga el sujeto para mantener la estabilidad en relación a sus estilos de vida de su pasado, siendo el ciclo determinado social e históricamente. Incluye el análisis de variables importantes como la situación laboral anterior, las pautas de matrimonio y fertilidad, la educación y la pregunta acerca de si los cambios actuales constituyen o no una fuente de ruptura con las etapas anteriores. Las adquisiciones referidas a status, roles, hábitos, experiencias, en definitiva, todo lo que involucre el proceso de socialización vivido, en tanto persistan, redundarán en una mejor adaptación al

proceso de envejecimiento. Por ejemplo, si una vez llegada la jubilación, la persona que gustaba de leer lo sigue haciendo, sentirá satisfacción de tener más tiempo libre para hacerlo. Todo lo contrario, si las gratificaciones más importantes para esa persona pasaban por el mundo del trabajo, pues entonces, el retiro le producirá abandono, depresión, aburrimiento.

Esta teoría ofrece la posibilidad de comprender la participación social de los viejos recurriendo al análisis de las etapas anteriores de su vida y observar cómo las condiciones de existencia que caracterizan a las personas de edad y los estilos de vida que de aquéllas se derivan condicionan su presente. Sin embargo, nos quedaríamos con una visión limitada si con este análisis de ajuste y continuidad social perdiéramos de vista la idea de vejez como exclusión social, a la par que se deja de lado la idea de que el sujeto puede también "optar", en el sentido de tomar cursos de acción alternativos y diversos en relación a su pasado, sin por ello socavar su estabilidad, ni su identidad.

Teoría de la Desvinculación

El inicio de la década del '50, bajo el dominio de paradigmas funcionalistas, trajo las más influyentes aproximaciones a la vejez como fenómeno social, y en respuesta a una serie de repercusiones sociales que venían emergiendo en el marco del desarrollo de los países industrializados, especialmente en Estados Unidos (como la jubilación obligatoria, el predominio de la familia nuclear, el impacto de los procesos de industrialización y urbanización y la creciente movilidad social y geográfica). Estas aproximaciones resultaron en un debate que sigue aún vigente sobre la cuestión del envejecimiento y la adaptación social y que supone básicamente que la máxima gratificación se encontraría en la eficiente adaptación del individuo al medio social existente (Aranibar, 2001).

Aplicado tal supuesto a la vejez, surge una de las primeras teorías, llamada de *la desvinculación o del retraimiento*, formulada por los norteamericanos Elaine Cumming y William Henry, en 1961. Sostiene, fundamentalmente, que la vejez supone una disminución de la participación social de la persona que envejece en su medio social. El alejamiento de la persona de la sociedad y de sus posibilidades de interacción social, al llegar a la vejez, produce gratificaciones tanto a la persona como a la sociedad. De esta manera, el envejecimiento conlleva una especie de "mutuo acuerdo" de separación recíproca entre el sujeto y la sociedad, siendo la situación ventajosa para ambas partes. Esa retirada de los viejos supone, por un lado, "liberar" espacio en la sociedad para los más jóvenes. Por el otro, permitiría al viejo desprenderse de una serie de roles y responsabilidades sociolaborales que ya no está en condiciones físicas ni psicológicas de asumir y encontrar un espacio de paz para prepararse para la muerte (Bazo, 1990).

Este abandono social por parte de la persona puede ser iniciado por ella misma, o bien obligada por la sociedad (principalmente a través de la "oportunidad" de jubilarse). En ambos casos, la teoría implica que tanto mejor se sentirá la persona si logra una rápida adaptación a ese proceso de ajuste.

Esta perspectiva de análisis es útil para explicar, de manera general, algunos casos, pero resulta simplista en cuanto se advierte la diversidad y complejidad del conjunto de casos. Una crítica central a esta teoría señala su carácter homogeneizador de la vejez, pues las personas mayores son consideradas como un grupo no diferenciado internamente, lo que pasa por alto variables personales, sociales, culturales que inciden en

el proceso de envejecimiento, tales como las pérdidas en salud, de vínculos y de ingresos, por ejemplo. De este modo, sólo explica situaciones en que las personas experimentan exitosamente su adaptación a las nuevas condiciones de separación social (ventajas y gratificaciones), pero deja de lado al conjunto de personas de edad que se aparta de la sociedad y sufre por ello (situación desventajosa y de malestar).

Teoría de la Actividad

Esta teoría aparece como contraria a la teoría del retraimiento y como respuesta a la misma en el marco también de los paradigmas funcionalistas referidos a la adaptación social. Planteada en su origen por Robert Harvighurst y otros en 1968, sostiene el carácter directamente proporcional entre felicidad y actividad social. Es decir, más felices estarán las personas en su vejez en tanto más se conserven activas en roles anteriores propios de su edad adulta o bien, si éstos se han perdido, los sustituyan por otros nuevos o intensifiquen los aún existentes (Bazo, 1990).

Este enfoque reconoce que la pérdida de roles (como consecuencia de la viudez, la jubilación, la emancipación de los hijos, por ejemplo) es la fuente de inadaptación de los viejos al sistema. De esta forma, el bienestar del individuo y de la sociedad deberá ser resuelto a través de la intensificación de otros roles ya existentes o de la creación de nuevos roles capaces de proporcionar un suficiente nivel de actividad que le permita al individuo ajustarse a la nueva situación sin que ello signifique consecuencias negativas para su conducta. Si alguna de estas dos direcciones no se pusiera en movimiento, el individuo quedaría inadaptado respecto de la situación social y también en relación a su propia identidad.

Si bien esta explicación es útil para el análisis de casos que sí han respondido a ella, al proceder de esta única manera en la observación no diferencia, al igual que la teoría anterior, situaciones y personas, dando por supuesto sólo el carácter siempre positivo del desarrollo de actividades. Con ello, corremos el riesgo de no tener en cuenta o ignorar otras variables que están íntimamente vinculadas al concepto de actividad y que la condicionan de alguna manera como, por ejemplo, el estado de salud y/o las posibilidades de realizar las actividades autovaliéndose; el sentirse frustrado por no haber colmado las expectativas en la vida a partir de la realización de tales actividades y la exclusión de otras, gusto por el tipo de actividades que se realizaron en el pasado, posibilidades económicas, apoyo social e iniciativa personal para mantenerse activo, entre las más significativas.

Teoría del Vacío de Roles

En la misma línea que la teoría de la actividad y profundizando el tema de la pérdida de roles en la vejez, la *teoría del vacío de roles* plantea que durante la vejez el individuo pierde sus roles más importantes, lo que conlleva simultáneamente a la pérdida de las normas asociadas a esos roles; es decir, pierde la noción acerca de lo que es correcto o incorrecto en el ámbito de la conducta social. Esta situación no tiene necesariamente que ser negativa para los viejos, ya que puede introducir una nueva sensación de "libertad" al desligarlos de obligaciones y pautas establecidas; sin embargo, existe la posibilidad de que este mismo fenómeno se traduzca en una situación de total desestructuración del viejo (Aranibar, 2001).

Una crítica válida para esta teoría y también para el conjunto de aportes que pretenden dar cuenta de la adaptación social del sujeto -tales como las anteriores teorías de la desvinculación y de la actividad- subraya sus limitaciones explicativas al hacer de la vejez un asunto contrapuesto de adaptación o inadaptación a un conjunto de pautas y normas predefinidas por el sistema social dominante, donde serían los viejos los responsables de su integración o exclusión del sistema, diluyendo el papel que juegan las estructuras sociales en esta definición.

Teoría del Interaccionismo Simbólico

En una línea de crítica al tema de la adaptación social, y desde una mirada microsocia, se sitúa la teoría del *interaccionismo simbólico*, desarrollada por G.H. Mead y otros. Esta perspectiva considera que los seres humanos nos comunicamos a través de símbolos, aprendemos a través de ellos los significados y las maneras de actuar de las personas con las que convivimos en un entorno físico y social determinado (Bazo, 1990).

La importancia del lenguaje es central dado que la mayor parte de los comportamientos de las personas han sido aprendidos en el curso de la comunicación simbólica desarrollada en su proceso de socialización. Por tanto, en el encuentro con el otro, los sujetos en interacción, proyectan definiciones de la situación; es decir, tratan de controlar la conducta de otros a partir de sus propias conductas permitiendo a los otros saber de antemano lo que él espera de ellos y lo que ellos pueden esperar de él. Esta interpretación de la situación es compartida en la medida que median las normas sociales, el lenguaje y la significación que éste tiene en determinados contextos socio-culturales.

Desde esta perspectiva puede reflexionarse acerca de la participación social que llevan adelante los viejos según las diferentes definiciones de la situación realizadas, las diferentes interpretaciones que le dan a los comportamientos de los demás y a la presentación del sí mismo según se considere conveniente en las circunstancias sociales que se presenten.

Teoría Fenomenológica

Por otra parte, la *teoría fenomenológica* iniciada por Husserl en Alemania, parte de la idea básica de que para comprender la conducta humana debe comprenderse previamente el mundo perceptivo de la persona. Cada uno ve el mundo de forma diferente en función del sistema perceptivo desarrollado en su experiencia vital, a lo largo del proceso de socialización que tiene lugar durante la interacción social. Según sean las impresiones y reacciones de las personas en su interacción social varía su socialización. Esta teoría se presenta complementaria de la anterior, aunque hace hincapié principalmente en el punto de vista del sujeto sin desconocer, sin embargo, que el punto de vista o sistema perceptivo de la persona deriva de los valores y de las actitudes sobre sí mismo y los demás que se adquieren en procesos de mutua influencia social a lo largo de la vida (Bazo, 1990).

Los cambios cognitivos y afectivos que se van produciendo durante el proceso de participación social del sujeto con el transcurrir del tiempo se vinculan íntimamente a los procesos de influencia social en la medida que aluden a las percepciones subjetivas (cuánto mayor el sujeto se siente) en relación a la edad social (que

los demás le atribuyen). Dicho de otro modo, las personas suelen tener como una "imagen en espejo" de las expectativas de la sociedad a la que pertenece y de la propia historia de vida, lo que condicionará en mayor o menor medida su participación social.

Teoría de la Subcultura

A mediados del siglo XX, los debates en torno al agrupamiento por edades en el análisis de las sociedades modernas condujeron hacia la consideración del concepto de *subcultura* como modo de categorizar lo que define y dirige la conducta de los miembros, utilizando una estratificación elaborada según la edad. Desde esta perspectiva, las sociedades estarían forzando a las personas que sobrepasan una determinada edad a constituir un grupo minoritario. Si bien este enfoque introduce componentes psicosociales importantes, también puede llevar a que se confunda subcultura con marginalidad y/o exclusión social (Aranibar, 2001).

Teoría del Etiquetaje

A partir del énfasis en la obligatoriedad que la sociedad impone a sus miembros para actuar según determinadas normas culturales preestablecidas, la *teoría del etiquetaje* formulada por Bengston en 1973 sostiene que el grupo de viejos responde más a una identidad impuesta por la sociedad que a un proceso de autoidentificación. De este modo, la persona etiquetada de vieja condicionará su conducta al significado social asignado -o etiqueta- y terminará asumiendo esas características como propias. Dicho de otra manera, la teoría del etiquetaje supone que a las personas mayores pueden serle adjudicados estereotipos sociales y se asume entonces que esa persona puede ser tratada según la hemos clasificado de acuerdo a ese tipo general. Por ejemplo, si a una persona la clasificamos socialmente de útil y capaz, ese significado se traducirá en el trato que le dispensemos y, en consecuencia, la conducta de la persona se verá determinada por ese trato y puede ver modificados sus roles, su status y su identidad (Bazo, 1990; Aranibar, 2001).

Tales imágenes estereotipadas contribuyen a asignar a las personas determinadas "categorías de participación" (Goffman, 1989, p. 128), excluyéndolas de otras. En el ejemplo anterior, al promoverse la creencia en el sujeto de que es "útil y capaz" es posible que esto cree en él un aumento de su autoestima, lo que lo lleva a aceptar una definición del sí mismo igual a como lo consideran, cuyo resultado puede ser aumentar aún más su integración y participación social.

Esta teoría adquiere una especial importancia para el estudio de la vejez pues sitúa la valoración que el individuo tiene de sí mismo en el marco del tipo de interacciones sociales que mantiene. Es decir, el autoconcepto o el conjunto de pensamientos y sentimientos que el viejo experimenta sobre sí mismo - positivos o negativos- se derivan en buena parte de los vínculos que establece y el tipo de reconocimiento social que éstos le proporcionan.

También, tal perspectiva es relevante a la hora de indagar los componentes culturales del concepto de vejez, según sea el trato que se le dispense al viejo a partir de determinados significados sociales legitimados sobre el colectivo, puesto que pueden deducirse actitudes culturales que se asumen socialmente, independientemente de que tales actitudes puedan o no ser asumidas positiva o negativamente por el viejo.

Teoría de la Dependencia Estructurada

Finalmente, la perspectiva de la *dependencia estructurada* busca llamar la atención sobre la dependencia de los viejos en relación con factores provenientes de la estructura social. La tesis central de este enfoque, según Aranibar (2001), consiste en ver la vejez más en su dimensión social que psicobiológica y, por tanto, considerar la vejez en términos de posiciones sociales que resultan de la división del trabajo y de la estructura de desigualdad existente en toda sociedad y en todo momento. Es decir, la base de este enfoque, para la autora, está en que en las sociedades industrializadas los viejos ocupan, en general, una posición social, política y económica que es inferior a la de cualquier otro grupo y además dependiente y al margen de la sociedad. Por tanto, los condicionantes sociales, políticos y económicos son conformadores de las condiciones de vida y las imágenes sociales de las personas mayores.

En ese contexto, la teoría considera que la posición social de los viejos fue construida y legitimada como consecuencia de las exigencias del capitalismo que ha usado al Estado como intermediario mediante políticas públicas dirigidas especialmente a la vejez. Desde esta perspectiva, los beneficios de una política social generosa originan una serie de estereotipos negativos sobre la vejez -en especial el de dependencia- determinados por una imagen social que propicia la ubicación de un grupo humano en condición subsidiaria al resto de la sociedad, la que le entrega beneficios "a cambio de nada", en forma de pensiones, servicios sociales y sanitarios, etc. Como resultado, se sostiene la importancia de los factores sociales estructurales diferenciadores -género, sector social, generación o cohorte, etc.- como los que marcarían determinadas características sociales e históricas a los individuos que integran cada grupo de edades.

En este contexto que incorpora tales factores estructurales, el enfoque resulta funcional para corregir el individualismo de los anteriores y como medio para poner en primer plano la dimensión política del tema. Sin embargo, desde un punto de vista sociológico, presenta ciertos límites. Según Aranibar (2001), en primer lugar, no parecen quedar espacios de libertad para que las personas enfrenten o resistan a las condiciones estructurales cuyo peso aplastante determinará sus cursos de vida; en segundo lugar, la importancia concedida a los factores estructurales suele ser a costa de no hacerse referencia a las prácticas reales que las personas tienen sobre las cuestiones que se estudian. Con todo, en términos funcionales, se vuelve a la visión homogeneizadora, pero ahora como resultado de la excesiva importancia otorgada a los factores estructurales sin cuestionar los supuestos que subyacen a su construcción y que examinan la vida de las personas desde marcos sociológicos dominantes (Huenchuán Navarro, 2005).

Vejez y Televisión

Investigaciones realizadas en EE.UU., citadas por Anderson y Harwood (2002), y coincidentes con las efectuadas en países latinoamericanos, comparan el mundo real con las representaciones de las edades en la programación de mayor audiencia televisiva. Ellas demuestran, en general, que los adultos mayores son sub-representados (menor porcentaje de presencia en relación a la población real), al igual que los niños y los adolescentes, en comparación con los adultos de edad mediana (entre 25 y 45 años aproximadamente) que son sobre-representados (mayor porcentaje de presencia en relación a la población real).

En cuanto a los viejos, particularmente, las tendencias resultantes de la investigación demuestran, además de esa sub-representación, la existencia de *estereotipos negativos*, por ejemplo, como tontos o excéntricos; como carentes al extremo de emoción y de vínculos cercanos. Y en cuanto al género, se demostró que a más viejas las mujeres, menos significativa su presencia para los programas televisivos en comparación a los hombres (pese a que la mayor parte de las personas viejas son mujeres). Por el contrario, la tendencia es la aparición de mayoría de mujeres jóvenes, más jóvenes que los hombres. También se observó que los hombres viejos aparecen como seguros, activos y maduros en tanto las mujeres viejas se muestran como dependientes. En contraste, en anuncios publicitarios, las imágenes de la vejez son positivas. También lo son en cuanto se trata de personajes destacados.

En este contexto, podemos decir que la mayor parte de los ciudadanos viejos que son noticia en televisión en Argentina, en cuanto a sus posibilidades de presencia positiva y con oportunidad de narrar historias de vida, reflexionar sobre su propia vejez, hacer propuestas, anuncios o incluir demandas son políticos, artistas, escritores, periodistas, educadores, investigadores y empresarios; es decir, destacados personajes de la vida pública a quienes, por supuesto, no se les nota la edad biológica, en términos de deterioro estructural y funcional al que hemos hecho referencia, pero sí su capacidad de éxito, ligada a su capacidad de consumo juvenil como sinónimo de calidad de vida. Más allá de que podamos habernos enterado de su edad cronológica, aún cuando permanezca tapada de cirugías, retoques varios y cosméticos, los espacios de visibilidad en televisión (y en los medios en general nos atrevemos a sugerir de manera provisoria aún) son para aquellos quienes, a su vez, han podido ocultar o evitar las indeseables modificaciones orgánicas que anuncian la vejez por adopción del modelo juvenil, a lo que se suma que esos mismos espacios, por lo menos a simple vista, no se ven invadidos por la gente común o viejos comunes.

Por el contrario, en un primer análisis de contenido, específicamente de noticieros televisivos locales y nacionales de Argentina, advertimos que la vía de entrada a los mismos ciudadanos viejos comunes está reservada mayoritariamente al mundo de los estereotipos negativos referidos a la disminución biológica, dependencia, pobreza, abandono, enfermedad, fealdad y presencia de la muerte. Es decir, a los viejos comunes se los excluye en cuanto a contar sus historias de vida; a decir, qué piensan, quiénes son, qué sienten y hacen, cuáles son sus propuestas, reclamos y/o demandas, cómo han contribuido a su país, cuáles son sus metas y logros, etc.

En este sentido hemos observado que los viejos adquieren visibilidad en la agenda noticiosa televisiva según las siguientes categorías: como *problemas sociales*, como *víctimas de violencia*, como *curiosidad-rareza* y con indicios de *comicidad o burla* en un contexto de sociedad de consumo donde se privilegia el modelo juvenil exitoso en contraste con un modelo de vejez marginal.

Ahora bien, los viejos ocupan el escenario noticioso cuando se constituyen en *problemas* que afectan a la sociedad. Por ello, muchas veces, son mirados en términos de beneficencia o asistencialismo: hay que resolver el abandono y maltrato familiar, asilar y social, la soledad y el tiempo libre interminable, la pobreza, el pago miserable de las jubilaciones y las enfermedades propias de la edad. Los viejos pasan a tener visibilidad como *víctimas* de violencia: maltrato familiar/asilar/social, robo y asesinato. Como *curiosidad* también pasan al frente los viejos: "Hoy Doña María cumple 100 años" o "Bodas de oro de la señora y el

señor...”, comentarios de apertura y cierre de dos noticieros; la señora finalmente es noticia por ostentar una rareza: “¡y a lo mejor pasa los 100 años!!!” y ante el aumento constante de divorcios y separaciones: “¡Este matrimonio sobrevivió tanto años!!!”. Por último, la vía de entrada a la noticia puede ser la *comicidad* (y en casos extremos, *la burla*): “qué gracioso ese señor mayor bailando, parece que todos lo miran...”, comentario de un periodista ante las cámaras que capturan la fiesta de una colectividad. Para comprender la presencia de estos estereotipos que hemos observado en una primera aproximación para nuestra investigación, a continuación esbozamos algunas razones que pretendemos seguir profundizando.

Las actitudes frente a la vejez parecen haber sido dos en las comunidades primitivas: el respeto por la autoridad especial de los viejos (poseedor de poderes mágicos y de experiencia acumulada, jefe de tribu, patriarca, propietario de tierras, etc.) o su eliminación (se los sacrificaba o se los dejaba morir) y esto en respuesta a qué debía hacerse con los viejos que no podían producir; respuesta que era fundamentalmente necesaria obtener en ciertas comunidades que funcionaban con una producción de excedentes muy limitada o inexistente y para las cuales el viejo representaba una carga. En este sentido, el concepto de vejez ha estado asociado a los ámbitos de la economía y del trabajo y a sus significados en términos productivos. Este hecho no variará a lo largo de toda la historia social de la vejez de occidente y se intensificará en la fase capitalista actual (para un estudio completo sobre el tema, véase Alba, 1992).

A tal punto es importante esta noción de trabajo productivo que no sólo se trata de la ubicación de individuos particulares con características distintivas en el mercado de trabajo, sino de fragmentaciones colectivas. Wolf (1994), por ejemplo, sostiene que frente a la expansión capitalista hay respuestas distintas de las naciones, diferentes colonialismos. Wolf muestra esto en una escala de 500 años donde se ve la expansión capitalista pero con realidades locales diferentes porque el capitalismo se expande de diferente manera, en el sentido de que fragmenta a la vez que homogeniza; de aquí sus contradicciones internas. La expansión capitalista europea se va centralizando en la metrópolis y segmenta *étnicamente* el mercado de trabajo. Supone el cómo fueron ubicándose las distintas poblaciones en el sistema de trabajo y cómo éstas fueron concebidas (si tomamos como ejemplo el origen étnico, vemos en determinados países la ubicación de los blancos en la administración y los negros, manteniendo las plantaciones). Y se trata y organiza a los trabajadores de manera diferente (no es lo mismo el trato a un trabajador negro africano que a un blanco inglés). Las diferencias étnicas entre estas poblaciones están establecidas según su contribución a la construcción segmentada del mercado de trabajo que produce la expansión capitalista. El concepto de segmentación, pues, se presenta útil también para pensar el mercado de trabajo, no sólo en términos étnicos, sino por grupos de edad. Por ejemplo, sabemos que en nuestras sociedades occidentales capitalistas complejas, el estado que marca el paso entre el ser útil, productivamente hablando, y el dejar de serlo es el momento de la jubilación, si a éste lo entendemos como momento de desvinculación de la vida laboral-productiva, motivado obligatoriamente por una edad cronológica fijada arbitrariamente (65 años para los hombres y 60 para las mujeres generalmente).

De esta manera advertimos también que se segmenta por edad el mercado de trabajo en términos de sujetos productivos (adultos en vida laboral activa) e improductivos (viejos, jóvenes, adolescentes, niños). En este sentido, para Fericgla (1992), la vejez es un período de la vida arbitrariamente improductivo, que nuestras sociedades mantienen en una cierta categoría tabú por su relación con el deterioro biológico y la

muerte, y al que se quiere maquillar y disfrazar de lo que no es por medios tecnológicos, que al mismo tiempo deben ser consumidos y producen beneficios: cosméticos, modas, ocio y viajes para los viejos. Se generan entonces unas formas culturales propias -valores, actitudes y conductas- que en la actualidad están centradas en el consumo de ocio y felicidad. Si algo define a los viejos en términos culturales es precisamente la ausencia de actividades productivas y su dependencia económica con los adultos productores, evento que tiñe el resto de sus aspectos vitales.

Por otra parte, para el mismo autor, tales tendencias del capitalismo suponen también la búsqueda de expansión en el consumo, lo que implica una característica estructural de la cultura: el público al que está destinada. Se dirige a captar consumidores. Por encima de las diferenciaciones se delinea un terreno común, una identidad que constituye el sustrato de la cultura: la identidad de los valores de consumo. Sobre estos valores la cultura pone en comunicación los distintos estratos sociales: la ley de la cultura es el mercado y su dinámica es el resultado del diálogo continuo entre producción y consumo. En este contexto, la cultura de la vejez constituye un sistema de valores con sus elementos particulares y que están también en relación con la orientación homogeneizadora. Sin embargo, conecta con ella desde una situación específica, puesto que los viejos no pueden plantearse la producción pero sí el consumo y esta particularidad, sumada a la proximidad de la muerte, da origen a la exclusión y al estigma de la negación de la vejez que está en la base de la relación de la cultura de la vejez con los demás grupos de edad que integran el resto de la sociedad.

Y los medios de comunicación también representan esta realidad. Partiendo de su interés económico y comercial, manejan el supuesto de que se debe captar a la audiencia más consumidora que, en mayor medida, está constituida por jóvenes y adultos mayores; por tanto, los medios estimulan el consumo en términos de juventud y vida adulta económicamente productiva. Es decir, suelen dirigirse a los jóvenes como potenciales consumidores o a los adultos productivos económicamente como reales consumidores, respondiendo a unos conceptos claros de mercado. En contraste con ello, el viejo común mostrado por los medios es sólo un estereotipo negativo diversificado construido a partir de esos valores juveniles y adultos de consumo y apropiados por el mercado, que estimula deseos por su necesidad de vender. Esa necesidad por todos conocida, glorificada por la preocupación por el rating, supone que los medios tienden a masificar a partir de la conformación de grupos objetivo considerados mayoritariamente consumidores.

Es por eso que la excepción, para mostrar estereotipos positivos sobre la vejez, la constituye la publicidad, por un lado, y la visibilidad de personas viejas exitosas con capacidad de consumo y apariencia juvenil, por el otro, como ya lo hemos hecho notar. En cuanto a la publicidad sobre la vejez, por ejemplo, sus contenidos proponen a los viejos las pautas de consumo beneficiosas para los grupos productores que se consideran constituyen el conjunto central de nuestras sociedades, sean o no adecuados para los viejos. Por ejemplo, han ofrecido y ofrecen un modelo de vejez feliz y despreocupada adecuado a las expectativas internas de una sociedad basada en la producción y el consumo de bienes materiales y placeres psicológicos (diversión, aventuras, viajes). En este sentido, encontramos esa orientación homogeneizadora que favorece la globalización: la totalidad de la vida orientada a la producción de bienes y el consumo de placeres, goce, felicidad. Se trata de disponer de dinero con el que comprar ocio de consumo en un sentido amplio: satisfacciones psicológicas, viajes, ocuparse del propio cuerpo como centro de diversas expectativas, vida

social profundamente indiferente pero con pretensión de satisfacción a través del disfrute y la diversión, posesión de elementos externos que otorgan prestigio. Dado que los viejos no producen pero disponen de cierto poder adquisitivo y de más tiempo libre para el consumo, el modelo cultural más próximo a su situación es el juvenil; de ese modo las pautas que la sociedad de consumo de ocio y felicidad masificados ha propuesto como modelo de cultura de la vejez, imitan y se acercan a los modelos juveniles (Fericgla, 1992).

Reforzando lo dicho sobre ese modelo juvenil, no es casual que uno de los pocos programas destinados a los viejos en la televisión argentina y que se transmite a través de un canal de cable de alcance nacional, se denomine "Jóvenes de la tercera". Algunos autores presentan posiciones críticas respecto de éstas y otras denominaciones que intentan reemplazar el concepto de vejez:

"Nuestra época siente miedo a enfrentarse con las realidades y las disfraza dándoles nombres nuevos. La vejez se ha convertido, así, en 'la tercera edad'. No seguiré esta moda. A los viejos los llamaré viejos, y esto por dos razones: porque no hay nada vergonzoso en ser viejo y porque es bueno que quienes no lo son se vayan acostumbrando a la idea de llegar a serlo si antes no se convierten en cadáveres" (Alba, 1992, p. 8).

La sociedad de consumo ha marcado una orientación de esos modelos culturales hacia una dirección muy concreta de acuerdo al grupo productor. La del viejo es una cultura altamente dependiente. Esto no implica que los viejos sean absolutamente subsidiarios del sector productivo, ya que, en algunos casos, los viejos han logrado imponer sus propios intereses sobre los demás (dando la lucha por la obtención de la jubilación voluntaria y no impuesta en algunos países como EE.UU o en el caso de Argentina, es significativa la lucha de los jubilados por la obtención de jubilaciones más dignas y un sistema de salud adecuado a sus necesidades). Sin embargo, a este colectivo no le disgusta seguir modelos de consumo, de ocio y felicidad originados en el grupo de jóvenes, aunque también es cierto que tales pautas no satisfacen plenamente ni se adecuan a sus expectativas. Los viejos actuales han asumido hasta cierto punto el modelo que de ellos ofrece la sociedad y van también orientándose lentamente hacia la búsqueda de respuesta a las cuestiones planteadas por ellos mismos (Fericgla, 1992).

Por último, si los estudios a los que hicimos referencia inicialmente indican que la mayor audiencia televisiva se sitúa entre personas de 40 y más años, ¿cómo se explica que las lógicas del mercado sigan centradas en la juventud y se subrepresente a los viejos? Hay que distinguir evidentemente entre consumidor y ciudadano. A la TV le interesa llegar a quienes más consumen como ya lo hemos señalado y la franja de edad que más consume está ubicada entre los 25 y 45 años. Por tanto, esta franja aparece sobre-representada en los programas televisivos, en relación a adolescentes, niños y viejos. Las estrategias se dirigen más al consumidor que al ciudadano. Se privilegia al ciudadano consumidor en términos de la franja demográfica más óptima para vender los productos (Herrán, 2002). Sin embargo, ese grupo objetivo está cambiando. El panorama de envejecimiento demográfico mundial es cada vez más acelerado y evidente. La población vieja tiende a predominar cada vez más según los estudios demográficos y esto parece contradecirse con la subrepresentación y negatividad que la televisión ofrece de la vejez. En el 2030 una de cada tres personas

habrá alcanzado los 60 años; tendrán que hacer periodismo para ellos, ya sea sólo por fuerza de mercado y/o para poder vender (Sarmiento Granada, 2002).

Consideraciones finales

Las diferentes teorías sobre el envejecimiento hasta aquí presentadas no son, a nuestro entender, excluyentes entre sí, sino complementarias, por lo menos en algunos aspectos, y como ya lo hemos hecho notar en el transcurso de su presentación. Desde este punto de vista, si rescatamos algunos de los aportes que cada una de ellas ofrecen, es posible obtener una visión más compleja sobre la vejez, en pos de propiciar un conocimiento sobre la misma fundamentado en un modelo diferenciador, es decir, que no la estereotipe.

Decimos, por una parte, que las definiciones psicosociales propuestas presuponen implícitamente la edad cronobiológica dado que la decadencia orgánica afectará más pronto o más tarde la participación social del individuo. Es decir, existe una real continuidad entre las definiciones cronológicas y biológicas y las otras categorías de definiciones psicosociales involucradas en las demás teorías. Porque es, indudablemente, el crecimiento en años (edad cronológica) lo que hace que el organismo decline (edad biológica) y la participación social del individuo se vea afectada. El declive biológico supone entonces una mirada necesaria para la comprensión de la relación disminución/aumento de la participación social. Sin embargo, la vejez es un concepto que ha de ser examinado también en el contexto de aquellos acontecimientos que la definen socialmente, teniendo en cuenta que no son únicamente los años asignados y el tiempo que ha pasado de vida los que la definen. La edad cronobiológica constituye, ciertamente, un dato importante para definir la vejez, pero ella, por sí sola, no determina la condición de las personas, pues lo esencial no es el mero paso del tiempo, sino la calidad del tiempo transcurrido, los acontecimientos vividos y las condiciones ambientales que las han rodeado. En este sentido, es necesario enriquecer *las teorías de la modernización y de generación o cohorte* que postulan que en las sociedades modernas de occidente el criterio generacional tiende a resolver la mirada a favor de los más jóvenes y en detrimento de las generaciones más viejas, que se ven relegadas a los últimos posicionamientos sociales.

Dar visibilidad a alguien sólo por la edad cronobiológica como si fuera explicación suficiente del comportamiento y de la experiencia social descontextualiza y conduce a comportamientos discriminatorios en relación a un grupo de edad. Ejemplos de ello sería juzgar a alguien como *activo/participativo* porque es joven y a otro como *desvinculado* socialmente por el simple hecho de ser viejo. En este sentido, las representaciones sociales que transmite la televisión, como vimos, tienden a mistificar a la persona joven, con todos los atributos que le son característicos en la sociedad. El envejecimiento exitoso se entiende como la continuación de la conducta que se seguía cuando se era más joven: vemos que patrones de comportamiento de un grupo de edad inherentemente superior al de otro constituyen un juicio de valor que viene a reforzar la idea de que "ser más joven" es más deseable que ser más viejo. Las mismas teorías de la *desvinculación, de la actividad y del vaciado de roles* ofrecen juicios de valor en este sentido de cómo envejecer con éxito, puesto que suponen como tal -y homogéneamente para todos los viejos- el deseo de desvincularse de la sociedad para dar paso a los más jóvenes y conservarse activos lo más que se pueda en función de roles anteriores (etapa adulta) para un mayor logro de bienestar.

Por el contrario, es posible aceptar que existen viejos que se encuentran desvinculados de la sociedad y otros que siguen siendo personas activas. También, es posible aceptar cierta exclusión en personas que no puedan redefinir los roles perdidos (como consecuencia de la viudez, la jubilación, la emancipación de los hijos, por ejemplo). Sin embargo, puede presentarse un alto grado de participación social de ciertas personas aún cuando no recuperen sus roles anteriores y, paradójicamente, también en tanto los mantengan, los resignifiquen o creen otros nuevos. Estas posiciones varían, como ya lo hemos señalado, en función de variables tales como cohorte, clase social, género, salud, ingresos, educación, situación laboral, profesión, etnia y vínculos sociales, entre las más importantes. Por tanto, es de suma importancia la inclusión de tales factores diferenciadores para la comprensión de la vejez, algunos de ellos propuestos por la *teoría de la dependencia estructurada*. Y esto es así en virtud de que con ello pueden superarse las visiones estereotipadas que circulan sobre la vejez en nuestras instituciones, y en particular en la televisión, como hemos visto. Sin embargo, la consideración de algunos de esos factores estructurales no puede hacerse desmedidamente y a costa de los *microprocesos* a los cuales es necesario también hacer referencia. Las condiciones estructurales no tienen un peso aplastante sobre las actuaciones: los cambios en las estructuras sociales alteran el proceso de envejecimiento individual y, cambios en el proceso de envejecimiento, producen cambios estructurales.

Para atender a esos microprocesos, entonces, deberemos reflexionar sobre cómo cada sociedad y cultura reproduce significados dominantes sobre la vejez que condicionan, en mayor o menor medida, las concepciones de la sociedad y, en especial, de la persona de edad. El significado que le atribuimos a la vejez contiene la influencia de una cultura y *subcultura* común, construida a partir de múltiples procesos de interacción social. Desarrollamos nuestros valores sobre la vejez como resultado de nuestra interacción simbólica con los demás y nuestras instituciones tal cual lo postula la teoría del *interaccionismo simbólico*. Ello es lo que nos permite identificarnos y copiar valores de nuestra sociedad y rechazar otros en un momento y tiempo dados. Igualmente, aprendemos a juzgar a los demás observando hasta qué punto encajan o divergen de los estereotipos culturales presentes en nuestra región, distrito o sociedad. Esta parece una razón también para comprender porqué, según la *teoría del etiquetaje*, clasificamos acontecimientos, personas u objetos con los que entramos en contacto. Es parte del desarrollo de una cultura en común el que podamos producir construcciones e interpretaciones compartidas basadas en situaciones similares que hemos experimentado y percibido. Con todo, los medios son parte de esas instituciones sociales que conjuntamente con otros procesos de interacción social transmiten cultivando (fortaleciendo, apoyando o descalificando) concepciones sobre la vejez. Y esas imágenes afectan en mayor o menor medida las percepciones de diferentes grupos sociales incluyendo a los de mayor edad. Por ejemplo, al ser los viejos subrepresentados y negativizados, tales contenidos pueden reforzar la idea -sobre todo en espectadores no pertenecientes a esos grupos- de que los viejos son demográficamente débiles y, por lo tanto, no lo suficientemente importantes. También tales imágenes pueden dar como resultado una disminución de la autoestima u otras opiniones negativas en miembros del propio grupo.

Por tanto, el análisis de las imágenes que ofrecen los medios en general sobre la vejez, así como las que resultan de otros procesos de interacción simbólica, es esencial para entender las concepciones sobre la vejez y para su cuestionamiento. ¿En qué medida estamos dispuestos -y podemos- cuestionar los

estereotipos sobre la vejez que circulan en la vida social? La *teoría fenomenológica* nos aproxima a una respuesta al interrogante; podemos cuestionarlos en la medida en que sabemos que el desarrollo del sistema perceptivo no nos vuelve meros reproductores de significados, sino que éstos pueden crearse y recrearse, de manera individual y colectiva, si consideramos las diversas experiencias de interacción social en las cuales el viejo está inmerso a lo largo de toda su vida o proceso de socialización y que exceden el contacto con los medios. Esto no disminuye la necesidad de analizar exhaustivamente los modelos de vejez presentados por la TV en particular y los medios en general, sino que nos da pie a confrontarlos y/o complementarlos con procesos de construcción de la identidad a partir de la búsqueda que las personas también hacen de significados no derivados del mundo mediático.

El desafío es, pues, desentrañar los procesos de cambio y continuidad, de declive y crecimiento en el eje inclusión/exclusión de los viejos, no sólo en los medios de comunicación, sino en la sociedad. Se necesita, pues, al decir de Moñivas (1998), continuar con una reflexión conjunta de instituciones, profesionales e investigadores sobre las propias representaciones de la vejez para difundir, a través de las prácticas cotidianas y los medios de comunicación, un modelo más integral de la vejez basado en los actuales conocimientos sobre un modelo de envejecimiento normal, que es mayoritario, y cambiar las actitudes preponderantes de la población hacia el envejecimiento representado como patológico, que estadísticamente es menor.

Referências

ALBA, V. 1992. *Historia social de la vejez*. Barcelona, Laertes.

ANDERSON, K.; HARWOOD, J. 2002. Imágenes de grupos de edad en los medios. *In: Periodismo y comunicación para todas las edades*. Bogotá, Ministerio de comunicaciones/Cepsiger. p. 81-98.

ARANIBAR, P. 2001. Acercamiento conceptual a la situación del adulto mayor en América Latina. CELADE, Chile. Disponible en: www.eclac.cl/publicaciones/poblacion/6/LCL1656PE/c/1656p.pdf.

ARBER, S.; GINN, J. 1996. *Relación entre género y envejecimiento*. Madrid, Narcea.

BAZO, M. T. 1990. *La sociedad anciana*. España, Siglo XXI.

CANTÓN; MENA, R. 1998. *No por viejo sino por pobre*. Tesis de Maestría en Antropología Social. Ciesas, México.

FERICGLA, J. M. 1992. *Envejecer: una antropología de la ancianidad*. Barcelona, Anthropos.

GOFFMAN, I. 1981. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu.

GOFFMAN, I. 1989. *Internados*. Buenos Aires, Amorrortu.

HERRÁN, M. T. 2002. *Cómo lograr un periodismo para todas las edades*. *En periodismo y comunicación para todas las edades*. Bogotá, Ministerio de comunicaciones/Cepsiger. p.69-79.

- HUENCHUÁN NAVARRO, S. 2005. Diferencias sociales en la vejez. Aproximaciones conceptuales y teóricas. *In: 1er. encuentro latinoamericano de antropología, Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, Escuela de Antropología. 11 al 15 de Julio. Rosario-Argentina. CD ISSN 987-20286-9-9.*
- MOÑIVAS, A. 1998. Representaciones de la vejez (modelos de disminución y crecimiento). *In: Anales de psicología. 14(1):13-25. Espana, Universidad de Murcia.*
- MORGAN, M. 1997. Comunicación masiva y democracia: una mirada a la Argentina. *In: Temas y Problemas de Comunicación. Año 5. V. 7. Argentina, Universidad Nacional de Río Cuarto. p. 7-15.*
- SALVAREZZA, L. 2000. Fausto, Miguel Strogoff y los viejos. A propósito de la construcción del imaginario sobre la vejez. *In: L., SALVAREZZA (comp.) La vejez. Una mirada gerontológica actual. Buenos Aires, Paidós. p. 27-51.*
- SARMIENTO GRANADA, J. 2002. Romper la ecuación éxito-juventud. *In: Periodismo y comunicación para todas las edades. Bogotá, Ministerio de comunicaciones/Cepsiger. p.47-52.*
- WOLF, E. R. 1994. *Europa y la gente sin historia. México, Fondo de Cultura Económica.*